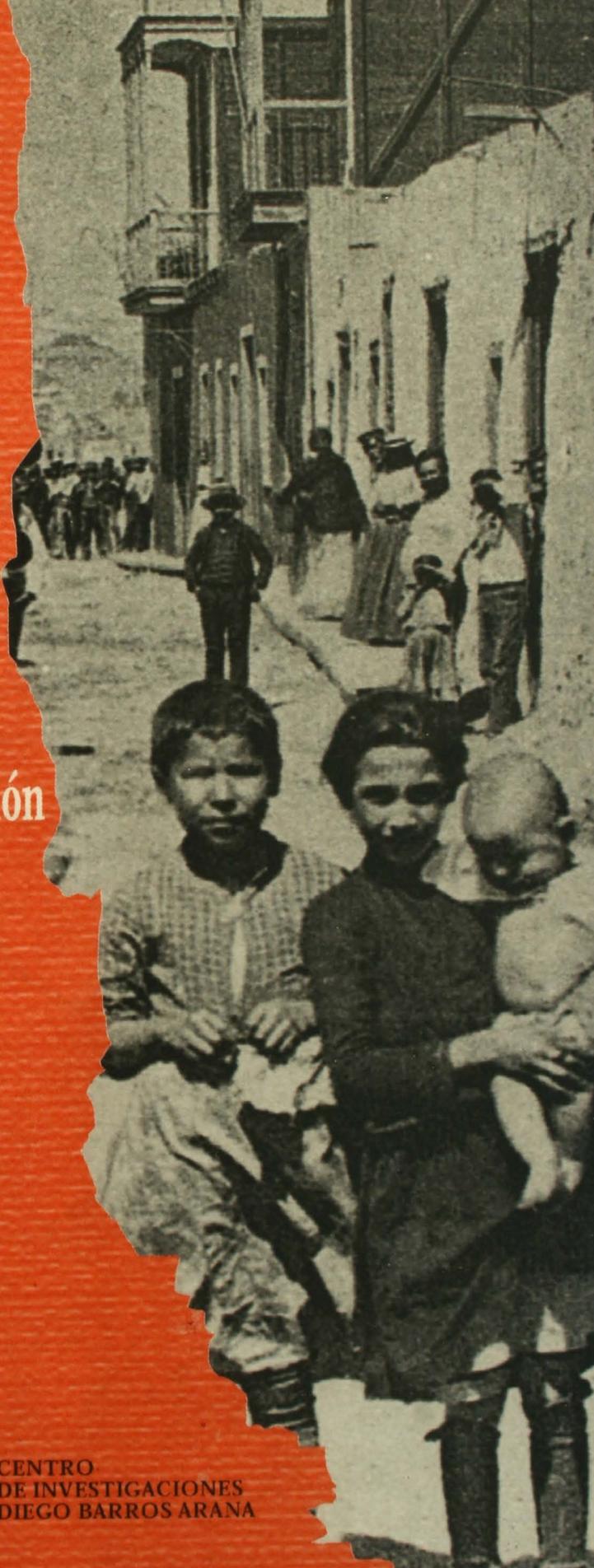


Sergio González
Miranda

Hombres y mujeres de la Pampa

Tarapacá en el ciclo de expansión
del salitre



HISTORIA



Universidad Arturo Prat



CENTRO
DE INVESTIGACIONES
DIEGO BARROS ARANA



me acuerdo en realidad de cuánto era lo que hacían más, sobre esa cantidad de sacos, pero se llenaban un carro, siempre se hablaba de carros y el carro eran 440 sacos; si hacían un carro más entre dos hombres ganaban plata; el hombre de cancha cuando habían embarques ganaba bastante plata; estaba el marcador de sacos primero, después los pesadores de saco, iban con las románitas por las canchas pesando el saco; todos los pesaban de uno por uno. Ese es el sistema de canchas y ahí es donde, como le digo yo, trabajé en las canchas ese tiempo, después estuve cortando pitas, fui a ayudar a la parte que se llamaba, lo más especializado de la maestranza, lo más caro de la bodega, la mercería que le llamaban, ahí estaban todos los reactivos químicos, los aparatos eléctricos que se usaban en la compañía, de todo había en la mercería, una ferretería que le llaman ahora. Eso era totalmente cerrado, se despachaba lo delicado; la parte grande de la bodega, fierro, esa todavía se puede apreciar en Humberstone en la construcción que todavía queda en pie, la enorme bodega que había; había de toda clase de fierros, ángulos, aceros, departamento para lubricantes, carbonera. Si la bodega era un departamento bastante grande porque tenía toda la bodega, la barraca de carbón, la barraca de desechos, lubricante y petróleo estaban aparte, el control del consumo de petróleo, el petróleo, el carbón como le digo era un bodegón grande donde también había personal, era un departamento bastante grande la bodega y ahí trabajé hasta el año 1942, 43 más o menos, trabajé en la bodega como seis u ocho meses y de ahí me llevaron al escritorio”.

5.3. Los oficios y lo cotidiano de las mujeres de la pampa.

*“Mujer de temple señero
tú viste llegar el alba,
entre camanchacas y heladas.
Y le peleaste a la vida
sin fatigas ni dobleces.
Saciastes hambre y sed,
de pioneros que arrancaban el oro blanco
a esta pampa del Norte Grande chileno”²⁸.*

Las mujeres pampinas trabajaron tanto o más que los hombres en la pampa salitrera, hay un desconocimiento de esas faenas y oficios y, tal vez más importante que ello, un no

28 Extracto del poema “Mujer del norte gran pionera de tiempos viejos” de Cimarrón. *Camanchaca* No 9-10, pag. 30

reconocimiento de que su labor constituía realmente un trabajo. Esto último se debe fundamentalmente a que esos quehaceres no eran en su gran mayoría administrados por la Oficina. Fueron pocos los oficios que las mujeres desempeñaron bajo la administración formal de los salitreros, fue el caso de las mujeres que trabajaron en las pulperías como empaquetadoras, cajeras, etc. Hubo un oficio si bien no dependiente de la administración fue reconocido por ésta y muy respetado: el de librería. Otros oficios que la administración usufructuó de ellos pero que no reconocía dentro del proceso productivo fueron las niñas que servían en las casas de la administración y/o altos empleados como lavanderas, planchadoras, aseadoras, cuidadoras de niños, nodrizas, etc. Pero el oficio femenino por excelencia fue el de cantinera, un oficio propio del campamento y al servicio de los obreros.

Doña Betty Mondaca, hija de un enganchado arequipeño, nos cuenta del oficio de cantinera, el quehacer de las pensiones...

"...Le voy a contar de La Santiago cuando estaba con mi mamá. Mi mamá cuando estaba en la cantina se levantaba a las 5 de la mañana a buscar el pan y la carne, porque a las 6 tenía que estar lista. Se compraba en la pulpería con vales. En ese tiempo le daban vales en la administración y con esos vales compraban. Los obreros le daban los vales a mi mamá cada quincena. Ellos tenían convenios con la leche, el azúcar, el jabón, habían 5 ó 6 cosas que eran convenio a menor precio. Eso se lo daban en vales, y esos vales se lo daban a mi mamá, le pagaban con los vales.

Lo primero que se compraba en la mañana era pan, carne, carbón. Algunos tomaban ahí desayuno, otros se llevaban su lonchera, su tarrito. En ese tiempo no se comía mantequilla, ni mortadela, mi mamá les preparaba el cocho, el sanco que le llamaban, con un pedazo de asado., su botella de té y su pan. A la hora de almuerzo, su cazuela, sus porotos y su jugo, que era el huesillo.

Mi mamá tenía como 200 pensionistas. Para atenderlos a todos, tenía mesas grandes, llegaban unos primero, almorzaban, se iban e iban entrando los otros. Y se les preparaba el lonchero, en ese tiempo se usaba mucho el salpicón de pata con cebollas, especialmente para la hora de once, para los particulares. Para el té se usaban las botellas pisqueras o de vino. Algunos tenían cantimploras.

Todo se llevaba en una bolsa, todas con sus nombres, habían entonces unos clavitos en la pared y ahí todas las bolsas. Cuando terminaban de almorzar pescaban su bolsa y se las llevaban. Después en la tarde, a las 6 y media bajaban las jabs con los particulares, ya a las 7 y media estaban comiendo, la sopa era de pata y en la noche su bistec con arroz o asado. No a la carne de llamo, y la mantequilla llegaba en cajones.

Sanco: era el cocho, sanco porque es con sal, ajito picado, cebolla, freía todo eso, después le echaba agua y luego la harina y revolviendo hasta que quedaba como un cocho. Eso lo preparaba ella (la mamá) y lo daba con un pedazo de asado y su taza de té y su pan.

La harina venía del interior, de Camiña. Yo recuerdo que mi mamá tostaba el trigo y tenía un molinero y ella misma lo molía.

Recojamos la narración de doña Ana Vda. de García, actualmente residente en el pueblo de La Tirana, ella desempeñó múltiples oficios incluido el de partera...

“...Yo me casé en el Cantón Aguas Blancas el año 20, tenía quince años. Antes la plata valía más, pero se veía más pobreza. El que no compraba sería porque no ‘quedría’, porque nosotros nos criamos con bancas, unas mesas así nomás, na’de estos frigideros, na’de cómodas, roperos, na’de esas cosas. Ya después fue moderno todo, pero la plata no vale na’. Antes las viviendas eran de lata, de calamina, calaminas viejas nomás, de costra también, pura costra en la oficina Pepa, cantón Aguas Blancas.

Las mujeres iban a trabajar con el hombre, las que querían ir a las calicheras, trabajaban para ayudarle al marido, porque no había control de ocho horas de trabajo, ninguna de esas cosas. El particular trabajaba en cualquier parte, le parecía mal aquí, mañana en la noche se iba para otra oficina y listo. Ellas con sus manos sacando el material, ellos haciendo hoyos, haciendo el tiro, con sus barretas, con su respaldeador, respaldeando el caliche, limpiándolo para que lo hallara bueno el corrector.

Algunas mujeres trabajaban en las calicheras, las que querían, según las familias. Allá no le daban nada como el pago, no. Le daban cuatro pesos diarios pa’ comer al casado y tres al soltero, al particular. El que ganaba menos plata era el tiznado, que trabajaba en la casa de fuerza que le llaman ahora maestranza. El tiznado con el pampino no se juntaban. De pensionistas trabajaban (las mujeres), otras vendiendo huesillos, vendiendo helados, chicha, hacían empanadas, hallullas. Yo lavé un año en Chuqui, guardapolvos de la pulpería número 3, cuando recién hicieron esa pulpería. Todos los guardapolvos, eran dos sacos harineros, yo lavaba dos veces a la semana. En las oficinas era similar, lavaba por docenas todos los días, me traían ropa pa’ lavar. Me iban a buscar carboncillo los chiquillos, con eso hacía hervir, después prendía el caldero, ponía las planchas, habían esas planchas de mano.

Mi trabajo era hacer hallullas, empanadas. Estas mujeres de ahora, no es por ofenderlas, no hacen ni una cosa, si yo estuviera más joven las gano. Todo lo que quieren se lo piden al hombre, que cómprame esto, que cómprame esto otro, ¿y si el hombre no gana tanto?, no tiene pa’ comprarle al momento, ahora todas las comodidades quieren, cómo nosotros no teníamos comodidad. Nosotros no criamos niños en cuna, una cadena grande ahí, un saco cebadero grande, buscamos dos tablitas, las lavamos y lista la hamaca, dale no más, esa era la cuna. El andador, ahora tienen que tener andador, coche pa’ pasear, antes no, uno los hacía andar, enseñaba a andar al niño. Si todo lo que brilla ahora no es oro, menos como está la situación. Antes (de la Cosach) no le dan zapatos a los hombres, el que tenía iba a trabajar con zapatos, el que no a pie pelado nomás.

Yo hice muchas cocinas en Santa Rosa, muchas, mi finao era el oficial mío y yo la maestra, ganaba cuarenta pesos por cada cocina, así que nos hacíamos todos los días dos cocinas, en la tarde, después de almuerzo. Ahora ni me acuerdo, que pa' hacer esa cocina de barro que tengo no ataba ni desataba.

(La casa en Santa Rosa) tenía tres piezas, la primera pieza, el dormitorio y la cocina, eran tres nada más. Para afuera (se agregaba) si quería tener su gallinero. Las piezas de las oficinas eran puro saco, calaminas y paredes de costra. (En el dormitorio) las patas de oso eran seis tarros y una calamina, las patas de osos de los solteros. Habían tarros buenos que encontraban en la pampa, los llenaban de tierra y ponían una calamina (previamente estirada), ahí ponían su cama si andaban trayendo, o si no cueros o lo que fuera. Ahí se acostaban. No existía alumbrado, luz eléctrica, con pura vela y chonchones nomás. Esos chonchones que usaban los palanqueros. El agua pasaba vendiéndose en latas a cincuenta centavos, después costaba un diez”.

Doña Ana aborda también el tema de las Fondas o Cantinas, tan conocidas en la pampa a las que una gran cantidad de mujeres estuvieron vinculadas laboralmente.

“...Las fondas cobraban tres pesos diarios, pero le daba así (hace un ademán de con las manos indicando un gran tamaño) una marraqueta, así tan ancha, la libra de carne costaba noventa centavos, el aceite en esas botellas malteras costaba cincuenta centavos llena. Desayuno, almuerzo, lonche y comida, al lonche se le agregaba, se le arreglaba con una botella de té, se le hace un sánguche y listo se van a trabajar, sánguche de cualquier cosa, pero hay que hacerle un sánguche. Tuve hartos pensionistas en la oficina Algorta, más de sesenta, en Santa Rosa también. Cuando salían los carreteros se mandaban a los loncheros con ellos, los carreteros y cargadores de carreta.

El particular bajaba a almorzar, algunos, otros no, si estaban muy lejos, iba la mujer a darle el almuerzo. En Ramírez, cuando el finao trabajaba en la calichera era cerquita, poco más allá del cementerio nomás, así que en la tarde me iba pa' allá, así que yo conozco la costra y el caliche. Me ponía a limpiarle el caliche y la costra media negruzca, comenzaba a rasparle con el respaldeador por todas partes hasta que quedara puro caliche, después me venía con los niños.

Cuando nos fuimos de Santa Rosa para Algorta con el finao, no tenía ollas grandes pa' cocinar, tenía sí un balde nuevecito, un balde nomás. Los pensionistas me dijeron: no vamos a ninguna parte a comer, háganos usted nomás, ¿pero en qué le voy a hacer?, en el balde nomás, nos hace eso y cualquier ensalada. El primer pensionista que llegaba me retiraba la olla porque era muy pesada, cuando ya tenía olla. Tenía muchos pensionistas. Cuando llegaba el tren de Antofagasta, llegaba el pasajero, ahí yo vendía almuerzo, vendía el desayuno cuando se iban, y así no faltaba.

Mi niña, la Aurora, se levantaba a las cinco de la mañana a ponerse a la fila (en la pulpería) para llegar temprano con el pan y la carne, y poder darle el desayuno a los pensionistas, a las ocho tenían que estar arriba (trabajando). Mientras nosotros acá (en la pensión) picando cebollas, se les hacía un bistec con harta cebolla frita y listo el sáanguche, cuando no algunos se servían ahí y se iban. Aparte es el cocho con cebolla frita y un bistec al lado, se llamaba sanco. Cuando no, a muchos les gustaba el agua de porotos, la primera agua de poroto se deja, entonces se les hacía sopa de agua de porotos. Era rica, con harta cebolla. (Me preguntaban) ¿cuándo va a hacer patrona?.

(Para el almuerzo) el primer plato era la cazuela, la presa y la papa, al segundo le echaban el choclo, el zapallo, lo que hubiera. Un plato de porotos, pero bien condimentado con todo, eso era el segundo. Los segundos que se hacían en la noche eran con carnegita picadita, y se les hacía caldo también. Se daba un jarro de huesillos con mote, un vaso grande.”

Un testimonio similar al de doña Ana es el de la señora Luisa Campos, quien vivió en un cantón distinto y por cierto en otras oficinas, pero el patrón del quehacer femenino es notoriamente parecido.

“...Yo tengo 76 años (1988). En 1920 vinimos (al norte), parece que fue cuando salió Alessandri Palma. Nosotros estábamos en la escuela. Estábamos en una Oficina que se llamaba Prosperidad, y de ahí salimos al tren. Nos llevaron de la escuela a ver al Presidente, me acuerdo como si fuera hoy, en esos tiempos venían de guardapolvos amarillos los hijos del presidente.

Ese año hubo una crisis, la del año veinte, pararon todas las oficinas. Nos fuimos a Coquimbo, estuvimos hasta el veinticuatro. Mi papá se fue a trabajar a la Hacienda, después volvimos al norte. Estuvimos muy poco en una oficina, se llamaba Santa Fe parece (Para la Gran crisis) nosotros estuvimos acá en Iquique, cesantes. De ahí corrió Rosario de Huara. Había una (olla del pobre) cerca del puerto, nos daban porotos cocidos, parece que le echaban bicarbonato.

En la oficina Pan de Azúcar (donde se casó), las casas eran de calamina y madera. Tenían dos piezas no más, y un patiecito así de cocina. La primera (pieza) era comedor y la segunda dormitorio y nada más. Nosotros teníamos una cocina de fierro antigua. Se hacían también de barro. La parte de abajo (de la cocina) se ponían cuatro latas (envases de parafina), después se llenaban de piedras y se armaba la cocina con ladrillos, y se ponía (encima) una plancha de fierro.

Mi mamá trabajaba como pensionista. Había que levantarse a las 5 de la mañana, ir a la pulpería a comprar el pan, porque la gente tomaba el desayuno a las 6. A las 6 y media tenían que estar embarcados en la java los que trabajaban en la pampa. El

almuerzo había que tenerlo a las 11. A esa hora llegaban los pampinos a almorzar, tenía uno que tener la botella de té, un tarrito que se usaba donde venía el té Hornimans, con su bistec, sus fideos, etc. Lo que ahora uno pone de segundo eran las once y desayunos de esos años. Por ejemplo, un bistec con arroz graneado, un poquito de papas, eso había que hacerlo en la mañana. Pero el trabajo era sacrificado.

Había mucho solteraje, y ése era el que uno tenía de pensionista. También uno podía ayudarse haciendo empanadas, que picarones, que sopaipillas. Esto que lo voy a decir yo era hasta el año cuarenta: ponía una botellita en la puerta con un poco de chicha, ahí la gente sabía que usted vendía chicha. También si hacía una caldera de picarones, de sopaipillas, ponía un farolito, sabían que había algo que comer en la noche”.

A modo comparativo, además de ser importante la visión del hombre (la otra perspectiva) de lo cotidiano y de los oficios que desempeñaron las mujeres en la pampa. Observemos los argumentos de don Basilio Osinaga sobre el tema que nos preocupa.

“...El particular trabajaba meses y meses por el puro diario, le daban 4 pesos al soltero y 5 pesos al casado, y no alcanzaban a pagarse esos 4 pesos ni esos 5 pesos que le daban diariamente con el material que sacaba, no alcanzaba a pagar, no alcanzaba a cubrir y salía debiendo de un mes a otro, no porque fuera malo para trabajar o porque fuera deja’o, sino que le tocaba la mala suerte que la calichera que le tocaba no había material, tenía que botar mucho malo y salía muy poco caliche, así que con todas esas cuestiones era un poco aventurera, al particular que le tocaba buena calichera, ese ganaba bien, sacaba alcance todos los meses. Antiguamente tampoco se cancelaba todos los meses como ahora, por ejemplo, si a usted le iba bien, si fuera de los 4 pesos que le daban había vendido el material por mucho más valor en una libreta, en Rosario había una libreta para los doce meses, pa’l año, de una hoja a otra se le pasaba el haber que había quedado de caliche que usted había vendido y se iba acumulando. Y al que le iba mal, la deuda le iba de un mes a otro pasando, tocaba el momento que no podía más el hombre.

Después del año treinta la cosa cambió, ya hubieron java en casi todas las oficinas, ahí ya se tenía una hora de entrada, un horario como cualquier jornalero, ahí ya se trabajaba con tarjeta, se retiraba la tarjeta en la tarjetera. Estaba en el campamento, casi siempre la ubicaban en una parte muy apropiada donde la gente la pudiera ver. Era una caseta bastante sencilla, un tarjetero, con su número. Ya con la cuestión de las tarjetas se trabajaba como en cualquier industria. Antes no, no había tarjeta, el particular tomaba once en el campamento. Por ejemplo, el particular se iba temprano, no tenía horario de entrar, pero no iba a ir a las nueve o las ocho, antes de las siete ya estaba listo, bajaba no a las doce como se acostumbró después con las tarjetas, a las once ya estaba desfilando al campamento a almorzar. Se cambiaba ropa pa’ almorzar, porque si se mojaba la cota, los calzoncillos los mojaba igual, el pantalón lo andaba trayendo tieso, así que cuando llegaba al campamento, lo primero que hacía era cambiarse ropa

pa' ir a almorzar a la cantina. En esa época, el particular tenía por lo menos tres o cuatro horas en el campamento, porque se cambiaba ropa, almorzaba, hacía un poco de vida social, como a las tres iba a la pensión a tomar once, se iba toma'o once pa' la pampa donde llegaba cerca de las cuatro, pero de ahí trabajaba hasta que ya no veía el bolón al que le iba a pegar.

Un particular no podía haber trabajado ocho horas corriendo, ¿por qué razón dirá usted?, por eso de la hora, como le digo algunos particulares son crudos pa'l macho, le dan como que le están guasquiando y es particular pues, gana según lo que produce, así que tiene que apelar a todos los medios y apurarse con la tarea, así que a eso de las diez, las once, las fuerzas ya no dan más, entonces viene el reposo que le digo había en todas las oficinas. (Después del treinta) en las oficinas a las doce lo bajaban a uno en la jaba, y a las dos tenía que estar en la pampa, le alcanzaba el tiempo necesario para almorzar en la cantina, o si tenía señora, en la casa, su señora le tenía lista la bolsa con lonche pa' llevárselo a la pampa”.

Un interesante testimonio sobre las condiciones de vida es el de la señora Cristina Guzmán, quien actualmente reside en Iquique, pero nació y vivió en las más antiguas oficinas salitreras del Cantón Negreiros.

“...En la Oficina Aura, en la primera pieza había una mesa y un par de bancas, sobre la mesa una botella de agua y un vaso, eso era todo; después un dormitorio y una cocina en pésimas condiciones. Las casas eran de calamina. Donde vivimos un poco mejor fue en la Oficina Irene, tenía un campamento de 7 casas, al terminar éstas habían tres habitaciones para solteros. Había tres calles, la avenida Irene, la calle Santiago y la calle 10 de julio, esa oficina era chiquita, pero las casas eran limpiecitas, eran de calaminas, pisos de ripio, el techo también de calamina, fueron las mejores casas que yo recuerdo.

En Agua Santa había casas de muros de costra, pero nosotros vivimos en casas de calaminas. Las cocinas las hacían las personas como podían, la Compañía no hacía nada. Yo le voy a conversar lo mala que era la situación antes, yo recuerdo que mi mamá tenía de cocina unos tarros cuadrados de manteca, se llenaban con tierra, les ponían una plancha, después le ponían costra. Iban al ripio a buscar borra, con la borra tapaban la costra como estucado, enseguida la plancha (se refiere a una calamina) y la chimenea de calamina. Los dueños de casa tenían que estirar las calaminas, las planchaban como podían. Esas eran las cocinas que se usaban antes.

La oficina Irene era la mejor que conocí. Como le conversé antes, era una corrida de siete casas y un callejón y después venía la otra corrida de siete casas. Por el callejón pasaban mañana y tarde vendiendo el agua, también dos tolvas con dos hombres tiradas por un macho (mular), se llevaban la basura y el agua sucia. Fue la oficina más limpia e higiénica. En Agua Santa no, el agua sucia se tiraba a la calle, sólo pasaban recogiendo la basura.

El lavado era dentro de la casa, en la cocina también se lavaba. La gente criaba sus gallinitas, incluso mi mamá en la oficina Irene tenía hasta un cordero ahí en la cocina.

Muchas personas tenían batea, de calaminas unas, otras de madera. Estiraban las calaminas y hacían bateas. Tampoco existía el baño, la gente tenía que bañarse como pudiera, no había ninguna comodidad, yo vine a ver un baño cuando llegamos a la oficina Rosario de Huará”.

Hubo mujeres que tejieron las fajas y las polainas de los desrripiadores y otras encallaparon los pantalones de los particulares, y fueron manos femeninas las que prepararon coronas de flores de papel para los simbólicos entierros pampinos. Sin embargo, la faena de “costura” que consistía en coser los sacos de salitre fue de hombres.

No faltaron las mujeres que se dedicaron a criar animales domésticos para ser consumidos, como conejos, chanchos, cuyes, gallinas y otros, así como existieron las que vendieron su más definitiva identidad femenina a través del maternal flujo lácteo al ser nodrizas de los hijos de los patrones, sacrificado oficio que fue común en un mundo patronal donde la niñez era un concepto que aún no se construía con los valores actuales.

Las mujeres de origen boliviano o provenientes de algunos valles de precordillera, se caracterizaron por vincularse al negocio de la verdulería, entre otros. Fueron algunas, al modo de su conocido oficio de las ferias, unas “mercachifles” pampinas que en vez de vender casimires, vendían productos agropecuarios. El testimonio de la señora Teo Tulico, actualmente una anciana modista en Iquique, es muy expresivo...

“Había (en la Oficina Anita) varias pensiones, habían puestos de niñas jóvenes, las madres que vendían huesillos, las esposas de los obreros vendían fruta, turrón.

Mi madre pertenecía la Sociedad de Negocios de acá (Iquique). Yo andaba con ella, saltaba de barco en barco con ella.

Tenía permiso para entrar a los campamentos a vender, fiaba su mercadería. La pulpería vendía azúcar, pan, todas esas cosas, pero nada que ver con la verdulería. (A mi madre) la abastecían los arrieros, de Huará le llegaban unos cántaros de queso, eran quesillos de oveja, el cordero, todo lo de verdura. (Los arrieros) venían con 6 ó 7 burros y mulas, con sus cántaros. Habían aymaras y quechuas también. En la oficina Anita había harta gente boliviana. (En Anita) habían Centros que enseñaban lencería, modas, juguetería.

(En Rosario de Huará) la mayor parte de las señoras tenían pensionistas (que es distinto a tener fonda, pues el recibir pensionista en su casa), y las demás señoras eran lavanderas, lavaban para los jóvenes solteros. También trabajaban como libreteras, ellas repartían los suples, antiguamente se llamaba fichera. Pero las dueñas de casa eran lavanderas, criaban chanchos también, en esos años habían corrales, habían caballos, vacas a las que le sacaban leche. A las 5 ó 6 de la mañana ya estaban repartiendo la leche.

Las niñas también las empleaban en los ranchos de los empleados, iban a hacer las camas, habían también cocineras y chiquillas que atendían.

Nosotras a las 4 de la mañana ya teníamos que tener el fuego prendido, para a las 5 de la mañana servir el desayuno. El bistec, la cebolla frita, a los obreros. A las 7 de la mañana iban los tiznados que les llamaban, los que trabajaban en la maestranza. Así que a ellos se les daba el desayuno igual. (La cocina) era de puros ladrillos, el fogón lo hacían aparte, en el lado donde va la olla grande iba por entremedio de unos fierritos. El horno era un latón cuadrado que se embutía en la cocina de barro, con una inmensa chimenea.

Tenía 25 años cuando trabajé en la empresa, en la pulpería el año 46. Uno hacía méritos para entrar a la pulpería, entraba primero de obrera y después le veían la capacidad para ser empleada. Primero empecé de empaquetadora y después pasé al mostrador, diez años después”.

El oficio de modista ha sido insoslayable en toda comunidad, así como el tejido. La señora Arroyo Luza, natural de Pica, nos narra su trabajo en la pampa.

“...Les cosía a los ingenieros, le cosía a la familia del doctor, para los dueños de almacén, cosía re'lindo. Tenía que buscar niñas para que me ayudaran, mucho cosía, tenía tres, cuatro niñas. No ve que yo tenía que atender mi casa, tenía guaguas, y tenía que tener quien me ayude, no podía sola. Trabajé mucho, y me fue muy bien. Con moda que yo trabajé eduqué a mis hijos. (Para la crisis del 30) sufrimos un poco. Cosía, pero había que coser demasiado barato porque no había trabajo, la gente no podía mandar a coser, pagaban bien poco. Yo cosía nomás, con tal de ganar unos pesos. Estuve en Iquique un tiempo que nos tocó la crisis. Con la para de la oficina Alianza nos fuimos a Iquique, ya no nos fuimos a Pica. Allá con mi mamá (en Pica) hacíamos alfajores, hacíamos dulces para vender, para entregar a los comerciantes”.

Pero más antiguo que el oficio de modista fue el de partera, y en las oficinas antiguas el doctor pasaba de vez en cuando, a pesar del innegable descuento que para ese servicio realizaba la administración. Las parteras, como las curanderas, en general, gozaron de gran prestigio en el mundo de la pampa. La señora Ana García, fue una de ellas y su prestigio aún se conserva en el pueblo de La Tirana donde vive su ancianidad junto a don Inocencio Morales, un pampino tarapaqueño neto.

“...Habían parteras, no habían matronas. Yo en Coquimbo atendí mi primer parto, la llevamos al Hospital, pero porque no llevaba la tarjeta de la gota de leche que le llamaban, no la atendieron. Alcanzamos a andar una cuadra y media y no pudo más la niña, así que tiramos una manta al suelo y la niña que se agarra de alguien y nace la guagua. Con un pañuelo le amarramos la vida. Después la llevamos a la casa, al otro día la llevamos al Hospital. Me preguntaron cómo la había hecho, le dije que yo sabía más o menos porque mi suegra me atendió a mí, sólo ella nomás.

Amarrarle la vida significa amarrarle la tripa, se le amarra a la guagua, la cortó usted en el pupo en el niño y a la enferma, para que no se vaya en sangre.

Allá en la oficina Algorta me dieron permiso por el bienestar, quizás quién les dijo de que yo podía atender en un caso de urgencia, atendí a muchas. El bienestar me decía 'tiene que cobrarle usted', no le cobraba si estaban recién trabajando, qué me podían pagar, lo que me dieran yo quedaba conforme, como yo tenía tantos pensionistas. (Me preocupaba) los siete días, se le hacía su aseo, si tenía su gallinita se hacía su caldo todos los días. Antes que tuviera la guagua se le da también el caldo ese para que tuviera fuerza pa' tener la guagua.

En Santa Laura también (atendí) a una vecina, la matrona tenía que venir de Humberstone y no venía na'. La niña ya no podía más, y la mamá de la niña se sobaba las manos, tese tranquila le dije, si viene viene nomás. Nació la niña y al otro día se la llevaron.

La placenta que le llaman es una bolsa, esa bolsa donde viene la guagua adentro una la abre así, la pesca y la va mirando, la va mirando, que no vaya a faltar ningún pedacito, porque si le faltó un pedacito ése está pegado adentro, adentro de la paciente.

Cuando venían encajá las guaguas tiraba un poncho así usted al suelo, un hombre acá y otro allá y la paciente acostá de espalda, entonces la manteaban, al pasito. Aquí vienen (en La Tirana) muchos que me conocen hace años, no les digo, me hago la que no sé nada.

Los niños que nacen afixiados se pescan de los pies y la cabeza pa' abajo, entonces se les pega. Cuando no podía nacer la guagua, por decir quería nacer por detrás, entonces viene uno y toma dos cucharas de sopa esas grandes, le echa harto aceite donde agarra la cuchara y en las manos, y cuando venía el dolor a la enferma en seguida se le ponía las dos cucharas así adentro por debajo y tiraba la guagua hacia arriba. Ahora no, cuando no pueden nacer, vamos al tiro rajándolas y listo. Antes no era así. Yo tuve cientos partos. Mi suegra me atendió a mí. Y cuando venían a buscarla no quería ir. Mire, doña Paula, le decía, se va a morir la enferma y le van a echar la culpa a usted porque no quiere ir. 'Y si se muere también me van a echar la culpa a mí'. Al final, 'bueno voy a ir', y yo iba con ella, así aprendí. Ella era del sur. Ella me atendió de todos mis hijos, tuve catorce hijos, dos no más no me atendió porque no estaba ella, ya se había ido.

Otras enfermedades:

"...Se usaban las yerbas, todas las yerbas son medicinales. (A mis niños) no los atendió ningún doctor para la alfombrilla, el tifo (tifoidea), diré francamente ni el merengiste (meningitis). A mi hijo el pingüino lo alenté yo, de cuatro años le dio merenguiste, yo le daba jugo de naranjas en ayunas, le ponía lavados de lentejas, lavados de té hervido, esas cosas eran cálidos, y los jugos pa' tomar eran fresco²⁹, mandaba a Humberstone a

29 Similar a la medicina andina de la contraposición de lo frío y lo cálido.

comprar barras de hielo, vivíamos en Santa Laura, se torcía entero, la boca las piernas las juntaban con los brazos pa' atrás, y pegan un grito muy feo, entero se tuercen, lo alenté con puras barras de hielo y litros de alcohol. Los litros de alcohol era barato, mojaba entera la sábana y lo forraba, estuve dos meses sentada (vigilando) me paraba pa' ir al baño nomás. El doctor se admiró, cuando me dijo, señora le vamos a sacar líquido de la espina dorsal, bien se libra o bien queda tonto pa' toda la vida, al otro día a las dos de la tarde estoy acá. Ese día me pega el tremendo grito, señora qué le hizo, le agarró la pierna, su niño está sano, usted es más doctora que yo, hágale lo que le está haciendo nomás”.

El ‘empacho’ es cuando se les pega adentro, hay que darle zumo de papas con limón en ayunas. Se raspa la papa y después estruja, con limón y aceite, se les da tres mañanas, y las tres mañanas bota. Y atrás en la espina dorsal le quiebran así, así le pescan, tres veces, después le hacen agüita pa' tomar no más, paico, bailagüén.

Cuando es el ‘ojo’ de la guagua también, hay que mirarlo y tocarle la frente con la lengua, si tiene salado y llora, no lo hacen callar nadie, no ve que hay muchos que la mirada es muy fuerte. Lo curan, si es hombre, se pasa con una camisa o con cualquier ropa de alguien que se llame Juana, y si es mujer, una camisa de un hombre que se llame Juan, y lo llama de lejos lo llama”.

Sin embargo, el oficio femenino –aceptado por la administración salitrera– más importante fue el de libretera, a las que antiguamente se les llamó ficheras. Fue un oficio plenamente salitrero. Las mujeres tomaban la representación de los obreros ante la administración para retirar las fichas diariamente. Ellas además de preocuparse de esa representación, debían tratar con la ‘cantinera’ los gastos de la pensión del obrero, así como llevar la contabilidad de lo ganado y de lo pedido por el obrero durante el mes. Hemos escogido dos testimonios de señoras de bastante edad que fueron libreteras.

Señora Andrea Basulto

“(Las libreteras) llevaban las libretas, ésas se iban a las libretas en la noche, en la tarde, para darle el diario al otro día. Ellas salían a repartir, les pagaban un peso por libreta al mes, las libreteras le llamaban, cuando era La Palma eran libreteras, después salieron las tarjetas, les pusieron tarjetas”.

Señora Teófila Roldán

“...Yo era libretera en la compañía salitrera. Uno iba a sacar el supe de los obreros, por ejemplo en ese tiempo a los solteros les daban 4 pesos diarios y a los casados 6 pesos y todos los días les daban el supe. Les llevaba el supe a las cantinas”.

S.G. ¿Y quien le pagaba a usted como libretera?

T.R. "...El mismo trabajador, ellos nos pagaban a nosotras y sabe ¿cuánto nos pagaban en ese tiempo?... 20 centavos por libreta y después subieron a 40, 50 y después nos pagaban un peso, pero un peso mensual. A él (el obrero) le descontaban el peso para nosotras.

Eramos independientes de la compañía salitrera, porque ellas no podían ir a sacar el sueldo, porque salían a las 6 de la mañana, llegaban a las 11 y las fichas las daban a las 6 de la mañana y uno las llevaba a las cantinas, o sea a las pensiones; iba a entregarle a la señora, a la dueña el supe. Le entregábamos nosotros la plata a ellas".

S.G. ¿Y lo que sobraba ellos lo cobraban a fin de mes?

T.R. "...Si, eso también lo sacábamos nosotros. Tenían libreta y ahí en la libreta se anotaba el tiempo, o sea las carretadas que ellos hacían, como ser a nosotros nos daban un cartón y un particular decía: "yo hice 4 carretadas de costra", porque una era costra y lo otro caliche, porque el caliche pagaba más y la costra pagaba menos, así que ese cartón que nos daban nosotros lo teníamos que llevar al escritorio y el pasatiempo tenía que anotar eso en el libro y después anotar en la libreta, el total de carretadas que ellos pasaban".

S.G. ¿El pasatiempo?

T.R. "...No los engaña porque nosotros teníamos que reclamar, a veces a mí me tocaba ir a la casa de máquinas, a la casa de fuerza, iba donde los jefes de pampa, donde el jefe de máquina, donde el ingeniero, y nosotros reclamábamos el tiempo".

S.G. ¿Cuántos trabajadores tenía a cargo una libretera?

T.R. Depende, yo por ejemplo tenía 300, 200 libretas. Cada libreta era un trabajador.

S.G. ¿Tantos trabajadores?

T.R. Si pues, ve que eran de distintas partes, como ser de la maestranza, de la pampa, la casa de fuerza...

S.G. ¿Y cómo podía usted llevar ordenado todos los días 300 libretas?

T.R. "...Uno se acostumbra, aprende, nosotros llevábamos todo ordenado; porque ellos nos traían un cartón y con ese cartón nosotros reclamábamos y ellos tenían que anotar en la libreta, llevábamos nosotros la libreta al pasatiempo y el pasatiempo anotaba ahí tantas carretadas de fulano de tal. (Da un ejemplo con una libreta que me la pasa) Aquí hay una de la oficina Trinidad; como ser acá, esta era la plata que le daban, esto es lo que uno sacaba de supe, y aquí están los días hasta el 31, después aquí está el sueldo, lo que le quedaba de plata y en esta parte de acá se anotaba el tiempo; las carretadas, como ser uno decía yo tengo 5 carretadas, entonces acá se le anotaba y nosotros cuando ellos querían más plata le anotábamos acá; tanta plata quiere fulano de tal. Estas eran las que manejábamos nosotras".

S.G. *¿Cada una de estas libretas duraba un mes?*

T.R. *"...Claro, éste era un obrero y éste parece que era soltero y se le daban 4 pesos diarios y acá se le anotaban y después a fin de mes se sumaba y el total de plata que quedaba sumaba acá y a nosotros nos daban una huincha y en esa huincha salía el total de cada obrero, entonces eso nosotros lo teníamos que sumar y después nos daban el total de plata y nosotros teníamos que meterla al sobre".*

S.G. *¿Entonces una libretera tenía que saber sumar, restar?*

T.R. *Más que nada sumar. Nosotras teníamos todo bien ordenado.*

S.G. *¿Algunos trabajadores salían al rojo?*

T.R. *"...Si, algunos pedían mucha plata entonces no sacaban nada y otros eran más económicos, pero casi la mayor parte sacaba su sueldo a fin de mes, pero el tiempo nosotros no le dejábamos escapar".*

S.G. *¿Era distinto el trabajo de una libretera que llevaba la libreta de un particular a la que llevaba la libreta de una persona de la maestranza?*

T.R. *"No, igual nomás, el particular tenía por ejemplo esta libreta y el que trabajaba en maestranza tenía otra libreta. Era distinta, entonces los de maestranza tenían su libreta y ahí se le anotaba el tiempo; decía él 'nosotros trabajamos tantas horas', y esas horas tenían que salir anotadas en la libreta y estas libretas nosotras teníamos que dejarlas todos los días en las pensiones con la plata para que ellos vieran el tiempo; entonces si no estaba bien ellos dejaban dicho a la señora de la pensión si les faltaba tiempo y dejaban escrito en un papelito las horas que había trabajado, nosotros con ese papel íbamos a reclamar las horas de trabajo, después íbamos donde el pasatiempo y él tenía que anotarle en la libreta".*

S.G. *¿A veces ustedes discutían con el pasatiempo y con el corrector también?*

T.R. *"...También pues, con cualquier jefe; pero era el pasatiempo el que anotaba todo el tiempo de los obreros, porque había un pasatiempo, un fichero, un cajero y un contador. El fichero únicamente entregaba el total de plata, ése era para entregar la pura plata que estaba anotada en la libreta, ése no tenía nada que ver con el tiempo ni nada y el cajero era el que entregaba la plata".*

S.G. *¿Pero en el caso del particular a veces había diferentes tipos de caliche?*

T.R. *"...Claro, había costra y caliche, porque la costra tenía un precio y el caliche tiene otro precio. (El caliche de mejor ley) era de otro tipo, porque ése que sacaban de mejor ley lo sacaban de un hoyo, en cueveras, y ése tenía otro precio y todo eso se anotaba, porque ellos traían un cartoncito".*

S.G. *¿En San Pedro cuántas libreteras eran?*

T.R. *Eramos cinco.*

S.G. *¿Y cómo se llegaba a ser libretera?*

T.R. *"... Yo, por ejemplo, iba a buscar la libreta de mi papá y otras personas me decían si le podía sacar la de ellos y así me fui haciendo de clientes. Yo era bien buena para sumar porque a mí me daban unas huinchas bien grandes y las tenía que sumar y estar segura del total de dinero que estaba anotado en la huincha, porque si uno firmaba y se equivocaba tenía que pagar, pero a mí no me hacían lesa; nunca me faltó plata a mí. Una vez al mes pagaban los sueldos y tenía que llenar los sobres, pero el trabajo con las cantinas era todos los días".*

S.G. *¿Y usted hasta qué edad fue libretera?*

T.R. *"Como hasta los 21 años. En San Pedro estuve hasta el año 30".*

Es bastante obvia la importancia de las mujeres libreteras para los obreros analfabetos, que debieron ser muchos, así como para los pliegos de peticiones. Fundamentales fueron las cantineras, lavanderas, costureras, etc. para los obreros solteros, los cuales encontraron en ellas el complemento necesario para su vida en el campamento salitrero.

Aún se conservan organizaciones de mujeres en la ciudad de Iquique que tienen ya más de un siglo de existencia, organizaciones mutualistas formadas según oficio de las socias, costureras, empleadas domésticas, cocineras, etc., como la Obrera Sud-americana de Señoras, la Auxiliadora de Señoras, la Internacional de Señoras, etc.; así en la pampa también se crearon organizaciones, pero más allá de la formalidad organizativa, las mujeres realizaron movimientos sociales de protesta que tuvieron a la pulpería en lo más inmediato como su objetivo de acción y, a la sociedad capitalista como objetivo último. La creación de los centros sociales Belén de Zárraga, después de la visita de la conocida oradora anarquista española, fueron un ejemplo de ello.

Por último, nos parece fundamental incluir un testimonio que haga referencia a los trabajos de "servicios" que recibían los administradores y empleados de las mujeres de la pampa, especialmente de servicio doméstico. Es preciso recordar que los administradores ingleses principalmente tuvieron mujeres de su misma nacionalidad como institutrices para sus hijos, éstas, a veces muy restringidas socialmente, también formaron parte de las mujeres empleadas por los grupos de poder del salitre en la región de explotación. Cocineras, lavanderas, domésticas, etc., estuvieron al servicio de los patrones...

"... Yo estaba como señorita en Peña Chica, en la gerencia. El gerente era alemán casado con una señora que era antofagastina. El tenía institutriz alemana para que le enseñara alemán a la señora. Ahí estuve trabajando unos tres meses nomás.

Tenían dos empleadas, la niña que tenían primero y yo, para el servicio, para atender los comedores, ayudarle a la cocinera. Como después se quedó sin ésta, quería que yo hiciera ambos trabajos, y yo con mi edad (catorce años) no le acepté eso. Así que se enojó e hizo llamar a mi papá que estaba en San José, no le pareció bien que yo me opusiera a hacer los dos trabajos. Me llamaba la atención, y yo le decía que no tenía cuatro manos para estar en este lado y allá. Mandó a llamar a mi papá, me acusó en una palabra.

Mi papá me dijo vámonos, él no tomó en cuenta eso, así que nos fuimos otra vez a San José y de ahí a Peña Grande”.

Éste es parte del relato, de su vida en la pampa, de la octogenaria señora Ricardina Tapia. Sin embargo, nos parece interesante incluir aquí algunos párrafos del relato de don Julio Mella, quien se crió junto a su madre, lavandera de casas de administración.

S.G. ¿Eran muy machistas los pampinos?

J.M. “...Machistas justamente, podríamos decir que.... Mire, mi papá, yo digo por mi papá, era un hombre huaso del sur y no sé por qué circunstancias vino al norte; para mí, sacando conclusiones por lo que conversaba la familia de lo que hacían, que iban a robar ganado a la Argentina y lo traían para Chile, tiene que haberle pasado algo que se vino en un enganche pa'l norte, todo eso era común. Allá si mataban a uno, dos, tres, se venían para acá y no los buscaban más. Bueno, una vez estaba peleando mi papá en la oficina Mapocho y perdió la oreja, le decían después El Mocho Mella. Y yo decía por qué me dicen el Mocho Chico y mi mamá me decía por esto ve, porque había perdido la oreja peliando y por qué fue la pelea, y me decía: ‘por tonterías’... y ahí me quedaba, con tonterías. Yo hasta los nueve años tuve a mi papá y después se fue para el sur para la crisis y nosotros nos quedamos en la oficina Bellavista hasta el 32 y después nos cambiamos de oficina Mapocho, San Enrique, Anita.

Después nos fuimos con el administrador a Bellavista y de Bellavista a Cala Cala, si yo he conocido mucho, así me hice hombre. Lo bueno que hacía el hombre lo hacía yo, lo malo que hacía no lo hacía; si yo no he sido un borracho como tantos que hubo es porque sabía que era malo eso, si llegaba a tomar no me gustaba lucir la curadera, como hay muchos que salen a la calle a lucir la curadera, yo no, tomaba ahí en la pieza nomás”.

S.G. ¿Le salió muy duro el trabajo a su mamá como lavandera?

J.M. “...Yo desde el año treinta cuando ya se había ido mi papá pude darme cuenta de lo que al principio no me daba cuenta; de lo que me daba cuenta sí era de que estaba re’ contento cuando mi papá y mi mamá hacían fiesta, borrachera, porque mi papá era un hombre que capaba hasta el gallo, capaba perros, capaba chanchos, capaba gatos y todo para comer, se comía los perros. Cuando comían un chanchito, un perro, dos tres gatos, era una fiesta porque mi mamá lo preparaba de una manera que comía la gente, comían y tomaban; y yo andaba en la calle, andaba con plata porque me mandaban a comprar

vino y me daban la propina, me daban fruta, contento estaba y ellos hacían sus fiestas a su manera, a su alcance, a su misma delicadeza de pobres, sentados en el suelo, en bancas, en tarros porque no había; el que más tenía era su silla de Viena o de mimbre, y eran contaditos. Entonces mi mamá tenía pensionistas, mi mamá era Santiaguina, tenía como 30 ó 40 pensionistas, se levantaba a las 6 de la mañana a preparar el desayuno, porque se comía 4 veces en el día y yo a pata pela' detrás de ella no ayudando sino estorbando, ya después me empecé a dar cuenta cuando mi mamá entró a trabajar a la casa del administrador y le pagaban 30 pesos mensuales por lavar, planchar y ayudarle a la dueña de casa a cocinar, o sea que ella hacía la comida, pero mi mamá tenía que picarle las cosas, lavarle los platos, las ollas y todo eso, en la cocina tenía que estar todo limpiecito y brillante nada que quedara con hollín del humo y yo en la calle y mi mamá me pasaba por un hoyito la papa y la carne, por ahí me pasaba pancito, por ahí me pasaba la fruta hasta que la pillaron, cuando la pillaron me entraron para adentro, primera vez que tenía cama, primera vez que me tenía que lavar en la mañana para tomar desayuno, primera vez que usaba camiseta y calzoncillo; entonces alguien que me diga que soy orgulloso...¿ de qué voy a ser orgulloso si yo he sabido pasar hambre, frío, y voy a ser orgulloso?. Que tenga orgullo ahora de contarlo, orgulloso de decirle a la juventud de que ahora se lo están dando en bandeja y no aprovechan, que nosotros cuántos no habríamos querido estudiar, cuántos no habríamos querido tener una carrera, pero en la oficina, chiquillos de quinto preparatoria se iban a la maestranza y aprendían electricidad, a alinear tornos, fresas, herrería, carpintería y después se les pagaba y los cabros aprendían. Acá los cabros andan en la calle, no van a un taller a aprender, sino que tienen que pagarles y el precio lo ponen ellos y no saben nada”.

S.G. ¿Fue importante en la pampa la escuela?

J.M. “Si, importancia en un sólo sentido porque, para mí, yo en la escuela estuve re'poco”.

S.G. ¿Y los profesores en general eran hombres o mujeres?

J.M. “...En Bellavista habían mujeres y hombres, profesor y profesora; en Pirineo también, profesor y profesora y habían 4, había primero, segundo y tercero porque era silabario. Fíjese que las aventuras que uno vive depende del grupo con quien se junta, fíjese que yo de niño caí cuatro veces preso”.

S.G. ¿ En ese tiempo eran los pacos?

J.M. “...Pacos le han dicho toda la vida, hasta ahora, pero habían carabineros en Bellavista que andaban a caballo, con polainas. Y como le contaba, me mandaban a la escuela y me hacía la chancha y me quedaba por ahí, cuando llegaba a la escuela ya estaba cerrada y al ratito después pasaba la patrulla, se llevaba a unos dos o tres al cuartel; cuando habían curados, ésos limpiaban la cuadra, cuando no habían curados teníamos nosotros

que limpiar la cuadra, barrer la oficina, hacer el aseo a la sala de recepción de los pacos, después de ahí nos mandaban a lavar al corral. Ibamos dos, dos caballos cada uno, lo llevábamos para allá pa'l corral y los metíamos al agua y después le tirábamos con una manguera agua y después nos veníamos al galope para acá..."

S.G. *¿Y su mamá no le decía nada?*

J.M. *"Si mi mamá no sabía nada de eso, oiga"*.

También oficios de mujeres fueron comunes en los pueblos, debido a que éstos eran verdaderas plataformas de servicios para las salitreras que estaban a su alrededor. Las casas de juegos, los prostíbulos, las iglesias, los hoteles, casas comerciales, etc. contrataban mujeres.

5.4. Las condiciones de vida de los pampinos.

Dos mitades de palos de escoba en los extremos y un saco "garibaldi" a modo de hamaca era la cuna pampina. Con un largo cordel amarrado de un extremo, desde la cocina, desde la batea o de la mesa del planchado, la mujer de la pampa mecía a sus hijos.

El piso de tierra no levantaba polvo. Las bancas y la mesa rústica eran los muebles más comunes, aunque no era extraña una romántica silla vienesa enjuncada. El dormitorio con sus "patas de oso", el velador cubierto con un paño bordado que ocultaba el tarro parafinero del mismo tipo que soportaba la calamina aplanada de los catres pampinos. Y la palmatoria, habitualmente un bien cortado tarro duraznero y su invaluable vela de cebo.

En el informe de la Comisión Gobierno de 1919, sobre las habitaciones en las salitreras se lee *"salvo una que otra honrosa excepción, no son de mejor calidad que las viviendas populares de los centros urbanos. Se las designa con el nombre de 'campamento', palabra que por sí sola indica muy bien sus características distintivas.*

Se trata ordinariamente de construcciones provisorias, simples galpones de calamina o planchas delgadas de fierro galvanizado, divididos por planchas del mismo material en pequeños compartimientos, de los cuales cada uno constituye la casa habitación de una familia obrera.

Parece casi inofensivo agregar que aparte de la estrechez, de la promiscuidad, de la falta de ventilación y en suma, de todo lo que constituye una habitación sana y cómoda, esta clase de construcciones tiene además el grave defecto de ser absolutamente inadecuada a las condiciones climáticas de la región".

Son bastantes los testimonios gráficos de ramadas de saco, calaminas y palos, detrás de las corridas de casas de los campamentos. Esto llevó a pensar a muchos investigadores de la vida en la pampa, que los pampinos vivían en chozas de saco. Sin embargo, es preciso señalar que gustaba del pampino la crianza de animalitos, aves, roedores como conejos y cuyes y los infaltables cerdos, entre otros, además de los perros y gatos tan comunes en todas partes, todos alimentados con las sobras de la comida de casa, por tanto, esas